

# LA DOCTRINA SOCIAL: TAREA ECLESIAL GUIADA POR EL ESPÍRITU SANTO

TEODORO LÓPEZ

La doctrina social de la Iglesia, es bien sabido, vivió una larga etapa de cierta confusión relativa a su estatuto académico, derivada esta confusión de una falta de definición de su identidad y de su naturaleza como disciplina científica. Durante decenios, concretamente en los años previos al Concilio Vaticano II, se aceptó pacíficamente su pertenencia al ámbito de las disciplinas filosóficas. Así, en los planes de estudio de los centros de enseñanza de la teología, concretamente en los seminarios, se impartía la doctrina social entre las asignaturas del bienio o trienio filosófico, considerando que, de modo más preciso, pertenecía a la denominada «filosofía cristiana». Quizás la misma crisis de este concepto dejó a la doctrina social de la Iglesia flotando en un vacío que pronto derivó en un cuestionamiento de su propia razón de ser, o, al menos, en una pérdida de la propia identidad como disciplina académica. Este clima de dudas, e incluso de desconfianza por lo que afecta a la misma terminología de «doctrina social», fue compartida por algunos de los que participaron en la discusión y posterior elaboración de los textos conciliares. Este hecho explica que el Concilio haya utilizado menos de lo que cabía esperar la expresión doctrina social, concretamente cabe advertir reservas de esta índole en la Constitución *Gaudium et spes*.

En los años que siguen al Concilio la doctrina social de la Iglesia vive una etapa de profundas convulsiones. Algunos optan por una actitud de decidida oposición y rechazo de la fórmula «doctrina social», así como de su significado: una enseñanza autorizada de la Iglesia relativa a la vida en la sociedad. Estas actitudes se radicalizaron en gran medida en ciertas «teologías de la liberación». No faltaron quienes en esos años posconciliares pusieron su esfuerzo al servicio de la búsqueda de las señas de identidad de la doctrina social, concretamente en el campo de los aspectos metodológicos y epistemológicos, de modo que

fuera posible establecer su nuevo estatuto científico<sup>1</sup>. El magisterio de Juan Pablo II hizo suyo desde el principio este objetivo que culmina con la afirmación de la naturaleza teológica de la doctrina social de la Iglesia en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*: «no pertenece al ámbito de la ideología, sino al de la teología y especialmente de la teología moral» (n. 41).

El objetivo que me propongo en esta comunicación es bien concreto: subrayar la acción del Espíritu Santo en la tarea eclesial de formulación de una enseñanza autorizada de la doctrina social de la Iglesia. Algunos textos del Magisterio reciente nos permiten precisar el sentido de dicha tarea. En primer lugar un texto de *Sollicitudo rei socialis*: «A partir de la aportación valiosísima de León XIII, enriquecida por las sucesivas aportaciones del Magisterio, se ha formado ya un "corpus" doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo, lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia» (n. 1).

Un segundo texto está tomado de la *Instrucción sobre libertad cristiana y liberación*: «La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias —comprendidas en el mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la Justicia— con los problemas que surgen en la vida de la sociedad» (n. 72).

Por último un texto tomado de nuevo de *Sollicitudo rei socialis* en el que se define la doctrina social de la Iglesia como «la cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial» (n. 42).

A tenor de estos textos me parece oportuno hacer algunas consideraciones en torno al estatuto eclesial de la doctrina social de la Iglesia y, en consecuencia, al protagonismo del Espíritu Santo en la elaboración de la misma.

Parece claro que es a la Iglesia a quien corresponde realizar la tarea de formulación del resultado del encuentro del Evangelio con la realidad social. Decimos a «la Iglesia», y no solamente al Magisterio de la Iglesia. Y, en todo caso, esta función se realiza con la asistencia del Espíritu Santo. En efecto, el Magisterio de la Iglesia está llamado a realizar «progresivas aportaciones» en la formulación de la doctrina social. Para ello cuenta con una peculiar asistencia del Espíritu Santo, peculiaridad que hace que la enseñanza social de la Iglesia se convierta en

1. Me he ocupado con algún detalle de esta cuestión en mi trabajo: *La doctrina social de la Iglesia. Balance del posconcilio*, en «Scripta Theologica» XXII, 3 (1990) 809-842.

«doctrina», es decir, en una enseñanza impartida por quien tiene autoridad, es decir, por quien posee un saber socialmente reconocido para enseñar todo lo que concierne a la salvación, todo lo que tiene relación con la fe que «ha que creerse y ha de aplicarse a la vida» (*Lumen gentium*, 25). Concretamente con la fe que ha de aplicarse a las importantes responsabilidades que toda persona debe cumplir en la vida social, pues, del cumplimiento fiel de las mismas, depende la propia salvación, ya que, como recuerda el Concilio, «el cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación» (*Gaudium et spes*, 43). La peculiar asistencia del Espíritu Santo permite al Magisterio de la Iglesia realizar, sin peligro de error, la misión que en este campo le está encomendada: «guiar a los hombres para que ellos mismos den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores responsables de la ciudad humana» (*Sollicitudo rei socialis*, 1).

Pero, si bien el Magisterio tiene peculiares responsabilidades en la formulación de la doctrina social de la Iglesia, esta tarea no es responsabilidad exclusiva suya puesto que atañe a la Iglesia entera. De nuevo un texto conciliar, referido en este caso a la tradición, me parece que refleja bien la corresponsabilidad de toda la Iglesia: «(la tradición) progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, como quiera que crece la inteligencia lo mismo de las cosas que de las palabras transmitidas, ora por la contemplación y estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, ora por la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales, ora por la predicación de quienes, a par de la sucesión del episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, que la Iglesia, en el correr de los siglos, tiende a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios» (*Dei Verbum*, 8). Esta enseñanza del Concilio debe ser tenida en cuenta, a mi modo de ver, para un correcto planteamiento de lo que en los últimos años se ha llamado la cuestión sobre el sujeto de elaboración de la doctrina social de la Iglesia. Es la Iglesia entera, bajo la acción del Espíritu Santo, el sujeto responsable de dicha elaboración. Ciertamente con responsabilidades peculiares en los distintos miembros, pero con el denominador común de la asistencia del Espíritu y con la responsabilidad compartida.

Esa corresponsabilidad ha de ejercerse a todos los niveles de elaboración de la doctrina social. Pertenecer ya a la terminología habitual el distinguir entre los contenidos de la doctrina social el nivel de los «principios», de los «juicios» y de las «orientaciones». La corresponsabilidad, que implica en una tarea común a los pastores y a los laicos, se extiende a los tres niveles, si bien a los distintos sujetos de elaboración

les corresponden diversas y peculiares tareas en uno u otro ámbito. Así, por ejemplo, es de destacar la peculiar responsabilidad, que no exclusiva, del Magisterio a nivel de los principios, a la vez que la específica tarea de los laicos a la hora de convertir la doctrina en consignas de orden práctico, eso sí, siguiendo las grandes directrices u orientaciones que frecuentemente formula el Magisterio. De esta forma entre Magisterio y responsabilidad de los laicos se establecen una serie de vínculos y compromisos mutuos: el Magisterio es guía de la conciencia cristiana al servicio de la autenticidad de su compromiso en las difíciles tareas de la vida social; los laicos, comprometidos en las tareas temporales, demuestran con su conducta que la doctrina social de la Iglesia no es «pura» utopía, pues, como recuerda *Centesimus annus*, «hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el *testimonio de las obras*, antes que por su coherencia y lógica interna» (n. 57).

Si en el punto anterior hemos considerado la presencia y la acción del Espíritu Santo en relación con los sujetos de la doctrina social de la Iglesia, es decir, en lo que podríamos calificar como la «causa eficiente» de la misma, vamos ahora a considerar la acción del Espíritu Santo en lo relativo a lo que podríamos llamar «causa material». A tenor de los textos magisteriales que nos han servido de punto de partida para estas breves reflexiones, cabe recordar que la doctrina social es fruto del encuentro entre el Evangelio y la realidad social, o, dicho con las términos de otro de los textos, la formulación cuidadosa del resultado de la interacción de dos factores: la Revelación y la vida en sociedad. De modo que, en todo caso, la doctrina social de la Iglesia es fruto del encuentro de un elemento divino y otro humano. Quizás estos términos, concretamente el término «encuentro», empobrecen una realidad de suyo mucho más rica. De hecho uno de los textos dice que de este encuentro «nace» la doctrina social, dándole así un cierto carácter vital.

Me viene a la mente el nombre de una de las grandes encíclicas sociales, concretamente la *Mater et Magistra* de Juan XXIII. La Iglesia, eso significa obviamente el título, es Madre y es Maestra. Pero, desde el planteamiento doctrinal que nos ocupa, y sin excluir otros significados y dimensiones de estos términos, quizás se pueda decir que, en realidad, es Madre porque es Maestra. Es decir, es Madre porque concibe en su seno y alumbró una verdad. Esta «verdad», es, lógicamente en este caso, la doctrina social de la Iglesia, que «nace», como dice el texto, del encuentro del Evangelio con la realidad social.

Es claro, pues, que esta «verdad» es fruto de la interacción de dos factores, de la unión vital de dos principios, en todo caso de un elemento divino y otro humano. Por obra del Espíritu Santo la Iglesia «concibe» en su seno y da a luz una verdad. De ahí que la pregunta pa-

rezca obligada: ¿cuál es la naturaleza de esta verdad? ¿Es una verdad divina o humana? No es sencilla la respuesta, so pena de caer en simplificaciones. Como ocurre con toda realidad «cristiana» también ésta tiene en la Unión Hipostática el paradigma de su estatuto existencial, en la medida en que la Encarnación realiza de la forma más plena la unión de lo divino y de lo humano, de las dos naturalezas en la persona del Verbo. La Virgen concibió por obra del Espíritu Santo y dió a luz un Hijo que es la suprema Verdad. También en este sentido la Virgen es modelo de la Iglesia que, por la acción del Espíritu Santo concibe en su seno y da a luz una verdad que, en su apariencia humana, participa de las prerrogativas de lo absoluto. Bien sabido es que cualquier planteamiento erróneo de la Unión Hipostática, las llamadas herejías cristológicas, arrastran inevitablemente a una errónea concepción de las distintas realidades de la vida cristiana. Concretamente en la cuestión que nos ocupa tanto el Nestorianismo como el Monofisismo conducen a una consideración de la naturaleza de la verdad que nace del encuentro del Evangelio con la realidad social que, o bien sobrevalora la consistencia del elemento humano, o bien lo diluye en lo divino perdiendo su identidad.

En efecto, en la consideración de la naturaleza de la doctrina social de la Iglesia en la época anterior al Vaticano II se sobrevaloró el elemento humano al ser considerada únicamente como fruto de un esfuerzo racional, con el estatuto científico propio de los saberes filosóficos. Al mismo tiempo, se ha de prevenir siempre contra el error que acecha en el extremo opuesto: considerar esta doctrina como algo que brota directamente de la Revelación, error en el que se cae cuando se buscan en las fuentes reveladas respuestas concretas a los cambiantes problemas que surgen en la vida social.

Bajo la acción del Espíritu Santo la verdad, la doctrina que nace del encuentro del Evangelio con la realidad social, interpreta e identifica lo que es plenamente, genuinamente humano, lo que efectivamente sirve a la perfección del hombre en la vida social. Y es que la doctrina social de la Iglesia no es más que el despliegue de la antropología cristiana en el ámbito de la convivencia social. No se debe olvidar que, como advierte *Gaudium et spes*, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (n.22). La perfección humana se realiza en la medida en que se cumple en el hombre el designio divino creador y redentor. Presupone, por tanto, una correcta antropología.

La doctrina social de la Iglesia es, en este sentido, antídoto eficaz contra toda tentación de reduccionismo antropológico que conduce a una inadecuada visión del hombre, error propiciado, frecuentemente, por los proyectos ideológicos de una u otra índole. Concretamente

contra la tentación de la hipertrofia de lo económico que deriva en el vicio del «economicismo», y, a la postre, en el «consumismo», así como contra la tentación del «relativismo» ético que supone una quiebra de los valores morales y, por consiguiente, una radical manipulación y deterioro de la antropología. La verdad que la doctrina social cristiana ofrece bajo la acción del Espíritu Santo permite descubrir la sintonía entre el designio de Dios Creador y Redentor, a través de una racionalidad «cristiana», es decir, a través de la racionalidad iluminada, ayudada por la Revelación, por la fe, como enseña el Vaticano I (Cfr. *Dei Filius*, cp. 2). Y es que «la Revelación... nos conduce a una comprensión más profunda de las leyes de la vida social» (*Gaudium et spes*, 23), y, además, «existe cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la fraternidad que los hombres deben instaurar entre ellos, en la verdad y el amor» (*Catecismo*, n. 1878).

Desde el inicio de su Pontificado, Juan Pablo II no ha dejado de recordar el derecho y el deber de la Iglesia de proclamar la Verdad sobre el hombre, una verdad que ella recibió de Jesucristo, y que constituye el servicio más eficaz a la sociedad. A este objetivo sirve, en última instancia, su doctrina social que está llamada a ser «garantía de autenticidad del compromiso en las delicadas y exigentes tareas sociales» (*Discurso*, 29.I.1979).